

# Cada cual se divierte como puede

Gustavo Roldán

Ilustraciones de Clau Degliuomini









[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 1992, GUSTAVO ROLDÁN  
© 2013, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
© De esta edición:  
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4332-6  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA  
Ilustraciones: CLAUDIA DEGLIUOMINI

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN  
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Roldán, Gustavo

Cada cual se divierte como puede / Gustavo Roldán ; ilustrado por Claudia Degliuomini. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

64 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4332-6

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Degliuomini, Claudia, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

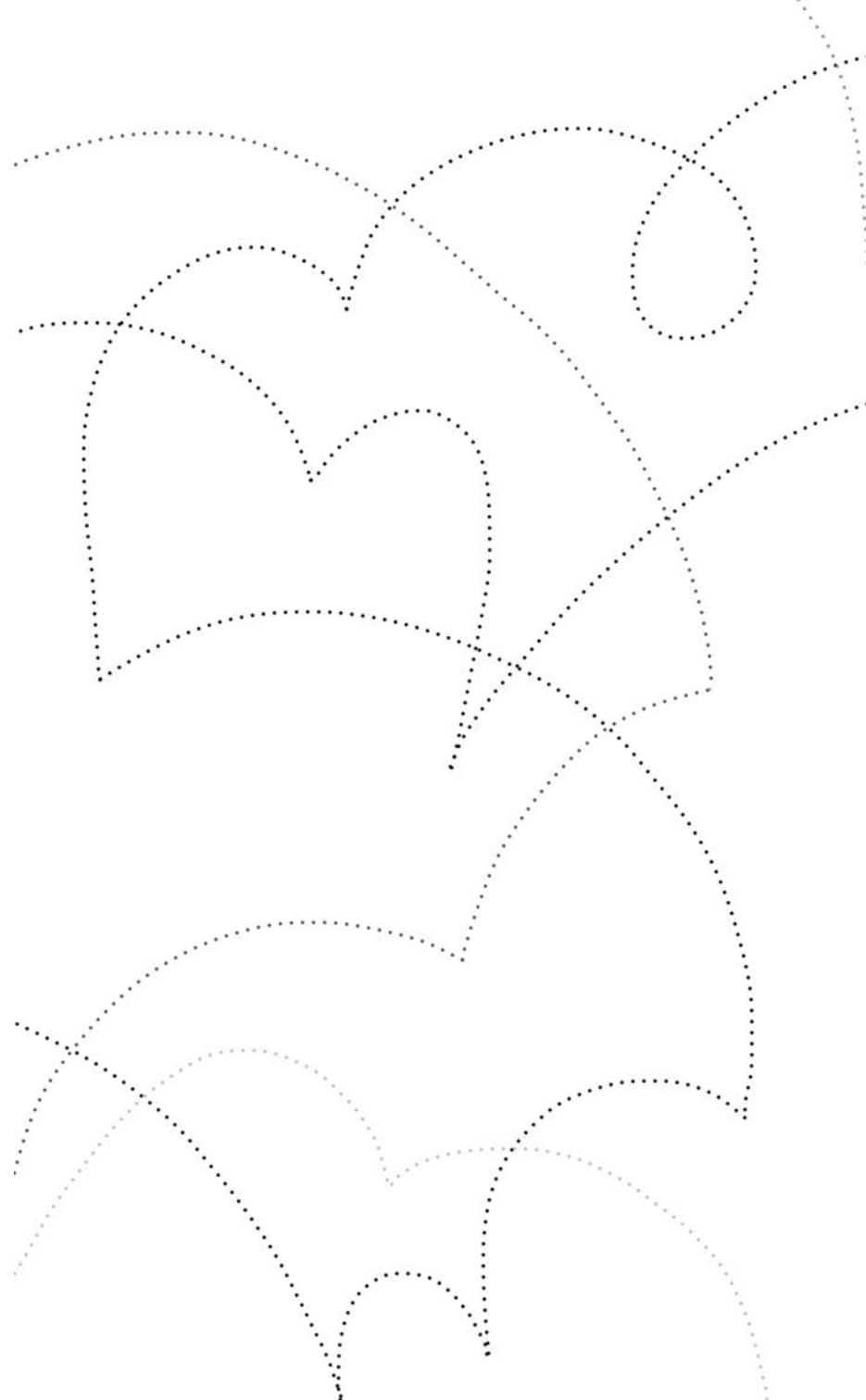
Esta primera edición de 2.500 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de octubre de 2015 en Artes Gráficas Color Efe, Paso 192, Avellaneda, Buenos Aires, República Argentina.

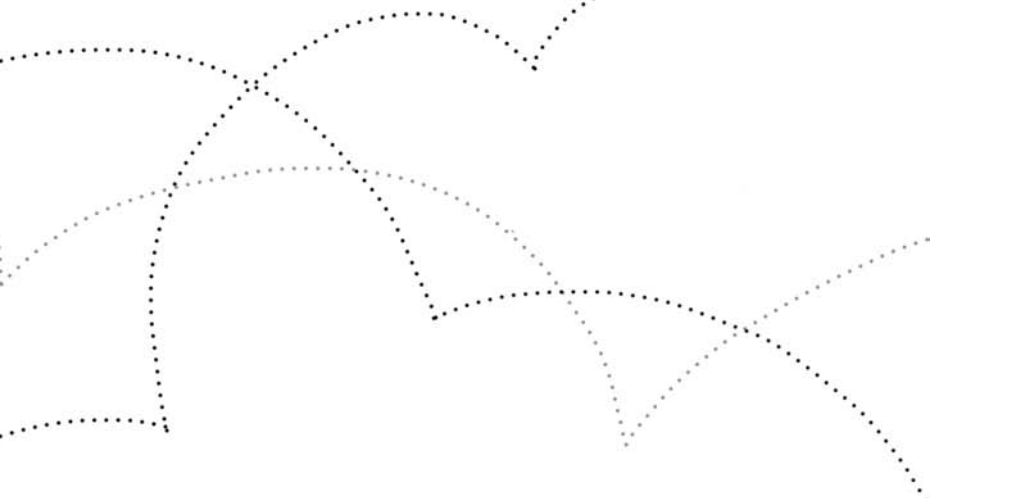
# Cada cual se divierte como puede

Gustavo Roldán

Ilustraciones de Claudia Degliuomini

loquele<sub>o</sub>





**E**ntre salto y salto quiero hacer algunas aclaraciones. Ese Gustavo Roldán firma los cuentos, pone su nombre en la tapa, sale en una foto grandota, pero ¿qué hizo? Escribió las historias del sapo, mis historias, y después se lleva toda la plata.

Si esta no es una de las injusticias del mundo, ¿dónde están las injusticias? Pero no importa, al final los buenos siempre triunfan. Y entonces de ese Gustavo nadie se va a acordar, nadie lo va a querer, aunque tenga el mérito de ser chaqueño, ser un buen carpintero y tener un pedazo de sangre de indio.

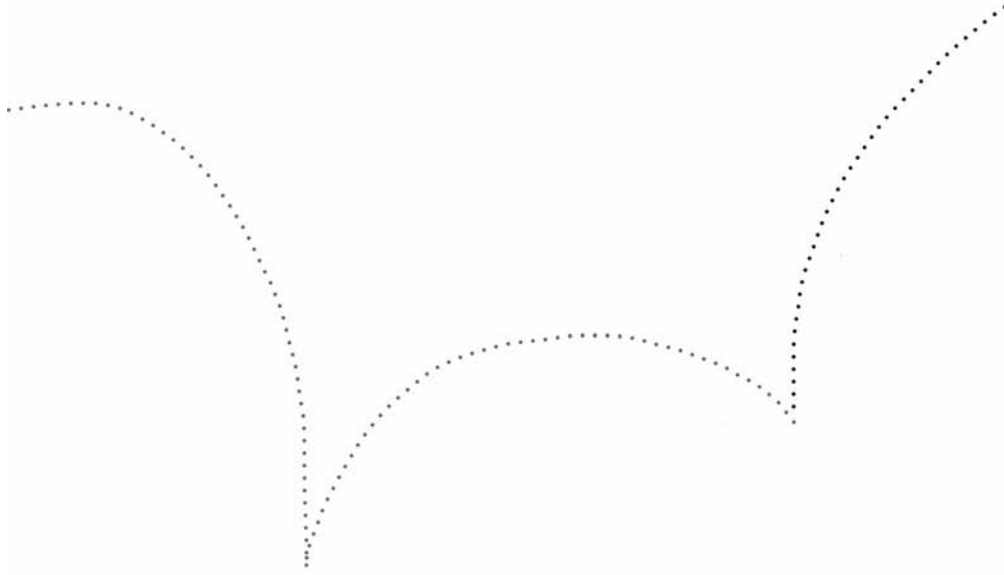
Este no es el primero que me roba, ya antes un titiritero pícaro que se llama Javier Villafañe se anduvo metiendo con mis sueños para hacerse rico y famoso.

¿Para cuándo una foto del sapo? ¿ Para cuándo una foto de mi amigo el piojo?

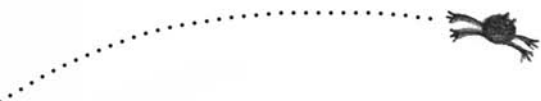


Entre salto y salto, vamos a dejar una cosa  
bien en claro:

¡El sapo no se rinde!



## UN MONTE PARA VIVIR



**E**l río de aguas marrones corría bordeado por la sombra de los árboles. Pequeños remolinos jugaban con las hojas que caían bailoteando en el aire. Y un rumor de abejas flotaba en la tarde. En fin, era una buena tarde de verano.

Pero el coatí estaba triste.

El mono estaba triste.

La pulga estaba triste.

El quirquincho estaba triste.

En realidad todos estaban tristes. Nadie cantaba, ni jugaba, ni corría, nadie hacía ningún ruido, porque hacía un tiempo que el tigre andaba al acecho.

Y, cuando no hay ruidos, el monte se vuelve triste.

Y un monte triste es un mal lugar para vivir.

—Claro —dijo la paloma—, si no puedo decir currucucú, mis plumas pierden el brillo.

—Y yo —dijo el monito—, cuando no puedo saltar de rama en rama, ando arrastrando la cola.

—Si no puedo correr —dijo el coatí—, se me caen las lágrimas, y cuando se me caen las lágrimas me dan ganas de llorar.

—Lo peor —dijo la pulga— es que ya no tengo ni ganas de picar.

—¡Bah! —dijo la vizcacha—, todo es cuestión de acostumbrarse. Esto tiene muchas ventajas.

—Yo no le encuentro ninguna —gritó la pulga medio enojada.

—Pero tiene muchas. Todo está muy ordenado. Y eso de que los monos no puedan andar saltando de rama en rama me parece muy bien. ¿Acaso vieron alguna vizcacha que ande haciendo eso?

—¡Pero yo no puedo decir currucucú! —dijo la paloma.

—Sí, sí —dijo la vizcacha—. ¿Pero qué tiene de lindo? Yo no digo nunca currucucú y así estoy muy pero muy bien.

—Pero, doña vizcacha —dijo el tordo—, todos decían que mi canto era muy lindo, y ahora no puedo cantar.

—Son los excesos, m'hijo, los excesos. Usted silbaba todo el día. Míreme a mí, yo nunca silbo, y tan contenta.

El picaflor, que ahora tenía que estar quieto en una rama, protestó:

—Los picaflores siempre estamos volando. Comemos volando, tomamos agua volando, y vamos como una flecha de un lado para el otro.

—Eso es lo que yo digo. ¿Alguien vio que una vizcacha haga una cosa así? ¿Qué es eso de quedarse parado en el aire? A mí nunca se me ocurriría hacerlo. Y me parece muy bien que el tigre haya prohibido todas esas cosas.

—Los que tenemos patas largas necesitamos correr —dijo el piojo parado en la cabeza del ñandú.

—Bueno, bueno —dijo la vizcacha—, pero el tigre prohibió todo y listo. Es la nueva ley y hay que respetarla.

—Pero la mano viene un poco más dura —dijo el tatú—. Y por algunas cosas que hice, el tigre me anda buscando con malas

intenciones. Mejor me voy a vivir al otro lado del río.

—Y yo también me voy —dijo el loro—. Parece que estoy entre los primeros de la lista, y me voy al otro lado del río.

—A mí me tiene marcado el murciélago orejudo —dijo el hornero—. También es mejor que me vaya.

—Y yo también y yo también —dijeron la calandria y la iguana, y mil animales más.

Y se fueron a buscar un lugar para vivir.

Se fueron. Pero no se fueron contentos.

—Yo me quedo aquí —dijo la pulga—, y que me encuentren si son brujos.

—Yo también —dijo el tordo—. Yo no sé cantar en otro lado, y ya veré cómo me las arreglo.

—Y yo —dijo el monito—, y me cuidaré muy bien de lo que hago. O por lo menos delante de quién lo hago.

—Y yo y yo y yo —dijeron el coatí y el sapo y la paloma y la cotorrita verde y mil animales más.

Se quedaron. Pero no se quedaron contentos.



Y así pasaron los años. Muchos.

A veces había noticias de los unos para los otros.

A veces algún encuentro los llenaba de alegría y de tristeza.

A veces comenzaban a olvidarse. Pero otras veces, no.

En el fondo, todos estaban un poco tristes.

Las aguas marrones del río seguían jugueteando con las hojas, cada vez con menos entusiasmo. El piojo, parado en la cabeza del ñandú, miraba el río y pensaba. Después de un rato dijo:

—Los que tenemos patas largas ya no aguantamos más.

—Sí, ¿pero qué podemos hacer? —preguntó la paloma.

—Yo digo: ¡Punto y coma, el que no se escondió se embroma! —bramó la pulga con bramido de pulga.

—Y yo y yo y yo —dijeron el quirquincho y el tordo y el coatí y la cotorrita verde y mil animales más.

—Sí, ¿pero qué podemos hacer? —repitió la paloma.

—Bueno, bueno —dijo el sapo—, no es que este sapo quiera saber más que nadie, pero ya tenemos la solución.

—¡Cuál es! ¡Cuál es!

—Esa que dijo la pulga y que repitieron todos: ¡Punto y coma, el que no se escondió se embroma! ¿Qué les parece si bss bss bss? —y contó en secreto sus planes.

El picaflor voló más rápido que nunca, para contarles a los que se habían ido.

El tordo voló para el otro lado.

Y la paloma para el otro.

Y la cotorrita verde para el otro.

Y el quirquincho. Bueno, el quirquincho no voló, pero se fue al trotecito de quirquincho también para algún lado.

El tigre, el zorro, la vizcacha, el carancho, la yará y el murciélago orejudo vieron de lejos la polvareda que se acercaba.

—¿Qué es eso? —rugió el tigre—. ¡Aquí estoy con mis amigos y no me gusta toda esa tierra!



—¡Y qué ruido, don tigre! ¡Eso le debe gustar menos! —dijo la vizcacha, zalamera.

—¡Voy corriendo a ordenar silencio! —se ofreció el zorro.

Y se fue al trote para poner un poco de orden.

Pero al ratito estaba de vuelta con la cola entre las patas.

—Mire, don tigre, me parece que la cosa se complica...

—Bah —dijo el tapir—, dejen todo en mis manos.

Y se fue a ver qué pasaba.

Al rato volvió con la cabeza gacha. Y la polvareda seguía acercándose cada vez más.

—No y no —dijo la yarará moviendo la cabeza para todos lados—, dejen todo en mis manos... digo, dejen todo a mi cargo.

Y se fue arrastrando su veneno hacia la polvareda.

Pasó un rato. Pasó otro rato. Cuando al tercer rato la yarará no volvía, el tigre empezó a ponerse nervioso.

En eso la vio llegar. Venía chata y arrastrándose con esfuerzo.